

LAS CIUDADES MALDITAS

"Los reyes de la tierra que se entregaron a la impudicia y a los placeres, llorarán y se lamentarán cuando vean el humo del incendio".

(De la Biblia).

Por
HERNANDO GAITAN L.

NOMADAS Y SEDENTARIOS

En tiempos ya muy lejanos, el hombre cansado de ambular en su incierto peregrinaje por regiones ignotas y bajo la inclemencia de un mundo en gestación, se sedentarizó al descubrir en la tierra algo más que barro y arena. Ya no menospreció lo que había en el suelo, sino que comenzó a modificarlo y a cultivarlo, y lo que antes le fuera adverso se convirtió para él en la madre tierra. Del campamento de tiendas que reemplazó a las cavernas, a los claros de los bosques y a las copas de los árboles, pasó a la aldea protegida con empalizadas, con muros o mediante un foso.

El cazador y el pastor se vieron así interferidos y su existencia móvil tropezó con algo que ya comenzaron a vislumbrar como propiedad privada. A partir de entonces se iniciaría un enfrentamiento que ha cobrado muchas vidas y desatado largos procesos judiciales. Las parcelas bajo el fecundo esfuerzo del trabajo humano comenzaron a producir sus frutos y la holgura económica alcanzaría el rango de riqueza. Hubo a partir de entonces, merced al trabajo y al control de los medios de producción, la fatal división de la sociedad entre ricos y pobres.

Pero mucho antes que esto aconteciera —según los textos bíblicos— “el agricultor Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová, y el ganadero Abel, su hermano, trajo de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura” (Génesis 4: 3,4). Así, Abel el pastor, ofreció lo que en el futuro cazadores y pastores ofrendarían a los dioses. Caín, labrador del suelo, quiso dedicar al Señor lo que aquél producía. Pero entonces algo pasó que ocasionaría el primer crimen en la historia de la humanidad: “Jehová miró con agrado a Abel y a su ofrenda, mas no miró propicio a Caín y a sus presentes. Y enceñose Caín en gran manera, y decayó su semblante. Y como estuvieran en el campo, se levantó Caín contra su hermano Abel, y lo mató”. Pero el Señor quiso que Caín viviera: “Cualquiera que mate a Caín, siete veces será castigado. Y puso el Señor una señal a Caín, para que no le matase todo el que lo hallara”.

Desde este momento Caín habría de errar fugitivo en la tierra de Nod, al oriente del Edén. Allí conoció a la que habría de ser su mujer, en la cual concibió y parió a Enoc. Y sucedió luego que Caín se convirtió en el constructor de una ciudad, a la que puso por nombre Enoc, Y todo esto ocurrió porque Dios quiso que Caín, el fratricida, viviera, “pues él trae lo nuevo”.

Hasta aquí —porque el tema elegido así lo quiere— nos hemos dissociado de los científicos, del gran antepasado *Pitecantropus Erectus*, de los hombres de Pekín y de Java y de muchos otros testimonios, a pesar de que pequemos de irreverentes.

Con los antecedentes que nos aporta el “Libro de los Libros” y convencidos como estamos de que la ciudad es la meta del hombre y que ella será indefectiblemente su mundo, cuando ya el campo desaparezca, por un extraño e inconcebible proceso de consecuencias inconmensurables, esta creación del hombre ha sido y será inexorablemente la encargada de destruir la vida sobre la tierra.

Cada vez que han estallado guerras —si echamos una ojeada al pasado—, las ciudades han sido asoladas, saqueadas, incendiadas, destruidas por completo con odio furioso e inextinguible.

En las ciudades se han forjado las civilizaciones; el máximo esplendor del mundo siempre ha estado vinculado al nombre de una ciudad; el poder parece como si insurgiera o emanara siempre de una ciudad. Roma fue, antes de convertirse en un imperio, una ciudad que se enseñoreó del mundo conocido. Con los nombres de muchas ciudades se podría engarzar un melancólico rosario, que provoca nostalgia: Enoc, Ur de Caldea, Jericó, Babilonia, Nínive, Atenas, Roma, Bagdad, Basora, Alejandría, Palmira, Bizancio y tantas otras.

En las tierras del Edén

"Las piedras hablan, las ruinas interrogan, devuelven al infinito la interrogación del sabio, del etnólogo o del sociólogo".

Serge Hutin.

Retornando al "Libro de los Libros", leemos que en un principio fue un río en aquel paraíso terrenal, en ese jardín delicioso que Dios destinó al hombre. Y este río se partió en cuatro (4) brazos; uno se llamó Fisón que circuló por todo el país de Hevilat, donde se hallaban el oro, el bedelio y la piedra cornerina; el segundo fue el Geón que rodeó toda la tierra de Etiopía; el tercero fue el Tigris que corrió hacia los Sirios y el cuarto el Eufrates. De Caín el regicida, constructor de la ciudad de Enoc, arranca todo lo que vendría después. En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra, después que los hijos de Dios se juntaron con las hijas de los hombres, y ellos concibieron aquéllos valientes del tiempo antiguo y jayanes de nombradía. Contra la impudicia de los hombres se fue acumulando la cólera divina y el diluvio arrasó la tierra y apenas sobrevivió lo que cupo en el Arca de Noé. Sus descendientes, por voluntad del Señor, vivieron y murieron acumulando muchos años. La humanidad se fue poblando y se alzaron grandes ciudades. Pero de nuevo se suscitó la lucha entre los hombres, y pastores y agricultores volvieron a contender por las tierras. Abraham el agricultor hubo de separarse de Lot el ganadero, que partió del Jordán y se instaló en la región de Sodoma. Abraham emprendió una nueva vida en el Hebrón, para escapar como su compañero de la guerra y el pillaje a que se entregaban los hombres, pues Amrofal, rey

de Sennaar; Arioc, rey de Ponto; Caderlahomor, rey de los Elemitas y Tadal, rey de naciones, promovieron guerra a Bara, rey de Sodoma; a Bersa, rey de Gomorra; a Sennaab, rey de Adoma; a Semever, rey de Seboim y a Balo, rey de Segor.

Abraham, padre excelso, padre de muchas multitudes, protegido y aliado de Dios por un pacto, logró a la postre sobrevivir lo mismo que Lot, hombre de bien y de índole noble y generosa. Y así, cada día que pasaba, el pecado se iba adueñando de las cinco (5) ciudades. Sólo Abraham el agricultor y Lot el ganadero vivían bajo los preceptos divinos y veían transcurrir sus días en medio de los males y de los vicios de los moradores de las ciudades malditas.

Una tarde en que el patriarca Lot reposaba a la puerta de su hogar, vio que dos extranjeros enderezaban sus pasos hacia él. Con su habitual amabilidad recibió a los visitantes y los invitó a seguir a su casa, brindándoles cordial acogida y un lugar a su mesa, donde su mujer instaló viandas y panes ácimos. Ante su bondad e insistencia los viajeros consintieron en seguir y pasar allí la noche. Después de las abluciones de rigor y de disfrutar del festín que con tanto amor le brindaron Lot y sus familiares, y en momentos en que pensaron entregarse al reposo, fuertes golpes a las puertas y ventanas obligaron a éste último a inquirir lo que ocurría en el exterior. Entonces lo abordó una muchedumbre de hombres y mujeres que le exigieron ver a los extranjeros que había alojado en su casa. Ante las súplicas de Lot de que no le infirieran daño a sus huéspedes pues gozaban de su hospitalidad, y que a cambio les haría entrega de dos de sus hijas que no habían conocido varón aún, para que hicieran con ellas lo que bien les plugiera, la multitud refrenó su violencia pero siguió insistiendo en su demanda. Ante el estruendo que hacían, los dos visitantes salieron a la puerta y extendiendo las manos hirieron de ceguera a los invasores para que no pudieran hallar la entrada, introdujeron a Lot a su domicilio y cerraron la puerta tras ellos.

Ante esta prodigiosa demostración Lot no dudó ni por un momento que se trataba de dos ángeles enviados por el Señor y se apresuró a reverenciarlos posternando su rostro en tierra. Aquéllos dijeron entonces al patriarca: "A quienes tienes aquí contigo, yernos, hijos e hijas y todo lo que tengas en esta

ciudad, hazlo salir de aquí porque vamos a destruir este lugar, pues un gran clamor contra sus habitantes se ha elevado hasta el Eterno y el Eterno nos ha enviado para destruirla". Entonces Lot habló a los suyos pero éstos pensaron que se burlaba de sus temores. Al amanecer los ángeles, cogiendo a Lot de la mano y en compañía de su mujer y de dos de sus hijas, los sacaron de la ciudad diciéndole: "Huye para salvar tu vida. No mires atrás y no te detengas en parte alguna de la llanura; huye a la montaña si no quieres perecer". Obediente Lot a los dictados del Señor, se refugió primeramente en la ciudad de Sergón, pero no sintiéndose seguro en ella, se dirigieron a un monte y se refugiaron en una cueva, después de presenciar con horror que su esposa, cegada por la curiosidad, volvió su vista atrás y se convirtió en una estatua de sal, no sin antes contemplar que el castigo predicho por los ángeles se abatía sobre todas las ciudades, el país colindante, sus moradores y la verde campiña.

Pero el patriarca Abraham que había regresado al sitio donde hacía pocos días se le había aparecido el Señor, contempló consternado cómo de lo alto, sobre toda la extensión que dominaba su vista, caía como un manto de azufre y fuego, y que lo que antes fuera solaz y alegría, se había convertido en pavesas de ceniza como las que se escapan de un horno gigantesco. Entre tanto Lot, abatido por el cansancio y el infortunio de haber visto perecer a su esposa, yacía en la cueva junto con sus dos hijas. Al ver su postración, su hija mayor, dirigiéndose a la menor le habló en estos términos: "Oh hermana mía, ya te habrás dado cuenta de que sobre la tierra ya no existen hombres que puedan ser nuestros esposos. Debemos, pues, para perpetuar el linaje, embriagarnos con nuestro padre y concebir de él descendencia". Ante estas razones las dos dieron de beber vino en abundancia a su padre, se embriagaron los tres y la mayor se acostó junto con su anciano padre. Al día siguiente también se embriagaron y la menor ocupó el lugar cercano a su padre. Las dos, a su debido tiempo concibieron, la mayor un varón a quien pusieron por nombre Moab, futuro tronco de los moabitas; la menor parió un hijo a quien designaron Ammón, padre de los Amonitas, que poblaron muchas tierras y construyeron pueblos y ciudades.

"Maldito sea delante del Señor, el hombre que levantara y reedificara la ciudad de Jericó! Muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el menor de sus hijos, cuando asiente las puertas".

En el actual Er. Riha se alzaba en el año 1.200 antes de nuestra era, el poderoso asentamiento de Jericó, llave de entrada a la tierra prometida por el Eterno al pueblo de Israel. Sus murallas eran las más famosas hasta entonces conocidas. En aquellos días Jericó constituía una especie de oasis a orillas del Jordán, que cortaba la inmensa desolación y la monotonía del yermo paisaje. Conforme a las excavaciones efectuadas en 1956, era la población más antigua parecida a ciudad. Su muralla exterior tenía dos metros de espesor y diez (10) metros de altura. A tres o cuatro metros detrás se levantaba la muralla interior de tres y medio metros de espesor. Este último recinto, a manera de las futuras ciudadelas, circundaba entonces la residencia del rey, los patricios y ricos comerciantes, en un diámetro aproximado de 180 metros, construida en bloques de adobe quemados al sol y luego en hornos, como se cuecen los actuales ladrillos. El resto de la población moraba en chozas de simple adobe en el exterior de la muralla. Muy cerca el lago Asphaltites, hoy llamado Mar Muerto, a 350 metros bajo el nivel del mar, que constituía desde la distancia un punto de referencia en el blanco desierto de terreno gredoso, del que descollaban pelados montículos. Es posible que sus dimensiones actuales de 85 metros de longitud, fueran más extensas entonces, porque a causa de su excesiva salinidad, propicia activa evaporación.

Muchos se han preguntado y otros se preguntarán aún, cuál pudo ser la causa que precipitó la ruina de Jericó, víctima del incendio, el robo y el asesinato en masa de sus habitantes y de sus humildes animales domésticos.

¿Qué fenómeno físico pudo acudir en ayuda de Josué para que las ruinas descubiertas por los científicos estuvieran constituidas por piedras rotas violentamente, fragmentos de murallas ennegrecidos, madera carbonizada y escombros tan di-

versos e informes? Algunos arqueólogos, entre ellos Warren Keller, han formulado una respuesta que parece lindar con ciertos acontecimientos tectónicos y con el descubrimiento bajo sus ruinas de otra ciudad más antigua, que se calcula existió 5.000 años antes de Jesucristo. Ellos afirman, que la extraña coincidencia entre la acción religiosa de los israelitas y el derrumbamiento de las murallas cuando sonaban las trompetas, se debió posiblemente a un terremoto, como el que abatió a Sodoma, Gomorra y otras ciudades bíblicas, cosa frecuente a orillas del Mar Muerto.

Pero dejando esta inquietud, volvemos a lo que registra la Biblia (Josué 6, 1-5): "El Señor dijo a Josué. "Mira, yo he puesto en tu mano a Jericó y a su rey, y a sus guerreros esforzados. Dad vuelta a la ciudad todos los hombres de armas una vez al día: así lo haréis durante seis (6) días. Y el séptimo día tomen los sacerdotes las siete (7) trompetas que sirven en el jubileo, y vayan delante del Arca de la Alianza; y darán siete (7) vueltas a la ciudad, tocando los sacerdotes las trompetas. Y cuando sonare la voz de la trompeta más larga e ininterrumpida e hiriese vuestros oídos, todo el pueblo gritará unánime en voz muy alta, y caerán los muros de la ciudad, y cada uno entrará por aquella parte que tuviere delante de sí... Más Josué salvó la vida a Rahab, la ramera, y la casa de su padre y a todos los suyos, por cuanto había escondido a los mensajeros que Josué envió a reconocer a Jericó (antes de su ruina)".

Otra causa posible de la ruina de Jericó pudo ser, y no es muy aventurado afirmarlo, la de que ella constituía, como muchas otras ciudades lo fueron, una barrera antepuesta cerca de la entrada a regiones que anhelaban y necesitaban los nómadas para llevar sus rebaños a fértiles pastizales.

Este pudo ser el gran pecado de Jericó. Aún parecen resonar los cánticos de odio de los nómadas contra los muros que se atreven a interponerse en su camino y declarar permanente una parcela de tierra, en momentos en que escasean los pastos y se incrementan la población y sus rebaños.

La victoria de las ciudades

*"Convertirse en escombros y ruinas,
tal es el destino de las civilizaciones".*

Wolf Schneider.

Largo y lleno de vicisitudes fue el camino que condujo a la formación de las ciudades. Esta concepción del hombre recogió sus inquietudes y sus ilusiones. Muchas nacieron a la vida en medio de las tierras de cultivo, cerca o al pie de los grandes ríos o de los mares. En algunos lugares la cultura se expresó a través del ladrillo. En otras, la piedra se elevó como un reto a los hombres y a los tiempos. "Grandes y amuralladas hasta el cielo fue la forma en que los hombres enviados por Moisés a explorar descubrieron las ciudades de la Tierra Prometida (Deuteronomio 1-28).

Mucho antes de Cristo, algo más de 1400 años, los griegos alzaron las murallas de Tirinto en el Peloponeso. Su muro exterior tenía una anchura de seis (6) metros y el interior medía diez (10) metros de grueso por diez y seis (16) de alto. Estaba formado por sillares de piedra de diez (10) quintales de peso. Los descendientes de aquéllos constructores creían que esta obra portentosa la habían erigido los cíclopes. En nuestros tiempos se han atribuido a los extraterrestres.

Los hombres creían ingenuamente que las grandes murallas, no sólo demarcaban los límites del estado-ciudad y alejaban a los extraños, sino que la piedra y el ladrillo que ascendían hacia la altura, los protegía para siempre de la envidia y la enemistad. En aquel entonces y mucho tiempo después, ha existido en los hombres la tendencia a lo monumental e inmenso: las Pirámides, la fortaleza de Agbatana, el Coloso de Rodas, el Faro de Alejandría, las catedrales góticas de la edad media, en las que cabían más personas que habitantes, y los rascacielos actuales que han impreso a la ciudad y a la vida un concepto vertical, para alojar un mundo superpoblado y preservar a los campos de su extinción.

Los guerreros a caballo —amos de la llanura y dueños de la extensión— pensaban frente a las ciudades, que tras esas grandes murallas debía resguardarse una poderosa ciudad con

almenas de púrpura y de oro, bajo el dominio de un portentoso monarca. Admirada y odiada al mismo tiempo la ciudad pregonaba su pretensión de ser algo distinto, algo mucho mejor que el cambiante y escueto campo. Pensando acaso en esta inquietante impresión de los bárbaros que menospreciaban la amplitud de la llanura y anhelaban las riquezas y el bienestar de las urbes, no pudo menos de expresar Ortega y Gasset su asombro con esta sutil y clarividente concepción sobre el género humano que testimonió a través de su intuición filosófica: "¿Cómo puede el hombre retraerse del campo? ¿Cómo es ésto posible? ¿Dónde irá, si el campo es toda la tierra, si es lo ilimitado?".

No podemos menos de suponer que los frutos del suelo y su abundancia, aceleraron las diferencias entre ricos y pobres. A no dudar, los miembros improductivos de la tribu se hicieron mantener por los labradores, base fundamental de la estructura social. A los servidores del rey — pues siempre había un rey—, añadieron luego los artesanos y mercaderes. Era tal el influjo de la ciudad sobre la mente primitiva, que hasta los mismos labradores se confiaron en la protección de las murallas y relegaron a los esclavos y a los siervos al mundo exterior de las ciudades amuralladas. Esta sería, a partir de tiempos tan lejanos, la estructuración de la gran pirámide social.

Las ciudades como los hombres han sido siempre vanidosos en sumo grado; "vanidad de vanidades", dijo el Predicador, "todo vanidad". El abolengo en los hombres y los pergaminos históricos de las ciudades, constituyeron la imagen de la estirpe. Ha habido siempre un gran anhelo de penetrar en la historia, de compenetrarse con ella. Hubo sin embargo, una ciudad que no tenía historia y hubo de forjarla para acreditar su abolengo. Esta ciudad fue Roma. Cuando sus soldados regresaron de la conquista de Grecia, llegaron cargados con estatuas; cuadros y objetos de arte. Les hacían compañía, a manera de acémilas, filósofos, poetas, artistas e historiadores. Estos indefensos y obligados acompañantes serían luego sus maestros del buen vivir y los preceptores de sus hijos. Inflamados de emoción por los relatos de los hechos gloriosos de Oriente y Grecia, recurrieron al suceso más antiguo, la Guerra de Troya, y con el forjaron la Eneida y la imagen del glorioso Eneas, que se convertiría en su antepasado. De aquí arrancó la estirpe de es-

ta prodigiosa ciudad, que habría de forjar la mayor historia conocida de todos los tiempos. Y así también, sencilla pero formalmente, se divulgaría el helenismo hasta los últimos rincones del mundo occidental.

Cuando hablamos de las civilizaciones superiores que aportaron las ciudades, hemos de remontarnos al IV milenio antes de Jesucristo. ¿Cómo podría pasarse por alto las que nacieron y crecieron desde la desembocadura del Eufrates: Eriud, Ur, Lagasch, Uruk, Neppur y Kisch? Todas tuvieron ese tinte religioso inconfundible de las ciudades babilónicas. Todas fueron mayores, más pobladas y "urbanas" que las fortalezas de Canaán. Nos viene a la memoria inevitablemente el gran rey Gilgamés de Uruk, el héroe de aquel gran poema babilónico, que con su historia del diluvio sirvió seguramente de modelo a la Biblia. Aquella noble ciudad que hoy supervive aún bajo el nombre casi ignorado de Warka, que a no dudar fue en el III milenio antes de Cristo, la ciudad más grande de la tierra, con sus nueve (9) kilómetros de longitud, murallas reforzadas con novecientas (900) torres que protegían la vida de sus cien mil (100.000) habitantes, parece flotar íntegra aún en el grandioso poema babilónico.

Fragmentos de arcilla desenterrados 5.000 años después, nos revelan con toda claridad, que junto con la escritura nacieron allí la vanidad y la burocracia. En aquellos aparecen consignados con la rigidez de las cifras estadísticas, el número de reses, las ofrendas, los impuestos, las provisiones, los cereales y hasta la cantidad de papillas que se le daban como alimento a un perro. A través de sus registros los sacerdotes referían a la posteridad las hazañas de sus reyes, con frases hinchadas y rimbombantes. De allí fueron saliendo liberados de la masa común, sacerdotes, artesanos y artistas, inicio afortunado de las civilizaciones. El tráfico intenso de su comercio y de sus mercados dio vida a la rueda, formada por discos de madera. Sus científicos dieron a la luz las matemáticas superiores, la astronomía exacta, la astrología y las grandes supersticiones. Dividieron el tiempo en años, meses, días, horas y minutos con ayuda del reloj solar. Hilaban y tejían la lana y el lino, y con el cobre elaboraban joyas, hachas, clavos, anzuelos y muchas otras cosas que nos parecen ahora tan naturales. Esta civilización

urbana de los sumerios es de proporciones colosales, como ellos concebían sus templos, monumentos, tumbas y obras de ingeniería, especialmente la hidráulica.

Babilonia (Bab-ilú) la ruta de Dios

"Aquella gran ciudad, que iba vestida de lino finísimo, y de púrpura y de escarlata, y cubierta de oro y de piedras preciosas y de perlas. (Apocalipsis 18.16). Babilonia la grande, madre de las ramera y de todas las abominaciones de la tierra. (Apocalipsis 17.5)".

Sobre esta metrópoli de esplendor y de vicio, se desató, —según los judíos— la cólera divina. Como ella, ninguna otra ciudad brilló tanto por su soberbia, esplendor e inconmensurable abyección. Esta perla de rara belleza surgió como cabal imagen de la voluntad de los hombres, y se abrió como flor maravillosa y exótica entre dos de los grandes ríos de la Tierra Prometida, el Tigris y el Eufrates, en la parte norte del país de Babilonia. Pero como todo lo descomunal y contradictorio, al par de los vicios y refinamientos vieron la luz los códigos y el derecho unificado. El código de Hammurabi se consignó sobre una columna de piedra de 2.25 metros de altura, que hoy reposa en el museo del Louvre. Con esta pieza monumental hallada en Susa en 1902, así como con las leyes expedidas por los reyes de Ur, Acad y Nippur, se redactó un derecho penal y civil que habría de influir en las Pandectas del bizantino Justiniano y sobre las ideas jurídicas del mundo moderno.

Este Hammurabi, hombre de estado y constructor de ciudades, elevó a Babilonia a capital de Mesopotamia y reinó sobre tres y medio millones de habitantes, en un mundo de alto grado de florecimiento económico y cultural, sin precedentes. Esta portentosa ciudad, que como el Ave Fénix, resurgió varias veces de entre ruinas y cenizas, siempre importante y soberbia, no murió a la postre, como lo predijeron con tanta vehemencia los profetas judíos, entre ellos Isaías (14.22-23): "Y me levantaré contra ellos, dice el Señor, y destruiré el nombre de Babilonia y los vestigios, y el retoño y el linaje. Y la tornaré en posesión de erizos y en charcos de agua, y la barreré con la escoba de la destrucción".

Ella, la metrópoli tan execrada y maldita, fue evidentemente arrasada cuatro veces por los ititas y los asirios, pero revivió siempre más imponente que nunca, por voluntad de sus recios monarcas, entre ellos Nabucodonosor, el destructor de Jerusalén. Ella siguió floreciendo aún durante más de 200 años. Ciro, el gran rey de los persas le puso sitio en 539 antes de Cristo; derrotó sus ejércitos en Opis, a orillas del Tigris y la convirtió en capital de la provincia más rica de su imperio. El mismo lo relata con lujo de detalle: "Cuando yo entré pacíficamente en Babilonia y establecí en medio de júbilo y regocijo la sede de la soberanía en el palacio de los príncipes, Marduk, el gran señor, volvíome propicio el gran corazón de los babilonios, mientras yo todos los días cuidé de su adoración. Mis tropas muy extendidas, deambulaban pacíficamente por Babilonia... Me preocupé mucho del interior de Babilonia... Los liberé del yugo que a ellos no les convenía..."

De la famosa torre que se alzaba como un reto al Señor de las alturas, sabemos que Heródoto la vio cuando estaba en su pleno esplendor, pero que cuando Alejandro el Grande, a través de su sangrienta marcha triunfal por el Asia, hizo su entrada a la antigua metrópoli, la halló convertida en un montón de ruinas. Allí le fue concedido un descanso a sus fatigadas huestes, según relata Droysen, quien además agrega: "Era la primera gran ciudad verdaderamente oriental que veían; enorme en su extensión, llena de edificios admirables... Además, la inmensa muchedumbre que allí afluía, procedente de Arabia y Armenia, de Persia y de Siria; y también la deslumbrante fastuosidad y los placeres de la vida, la múltiple variedad de una refinada voluptuosidad y toda suerte de goces; todo este encanto oriental y fantástico era para los hijos de occidente como el premio a sus innumerables fatigas y victorias".

En este fabuloso recinto de belleza, refinamientos y placeres, halló la muerte el Gran Alejandro. Los orientales lo deificaron y perpetuaron su memoria a través de los siglos. La vieja ciudad, a su turno se fue muriendo poco a poco, y a su lado subsistió por largo tiempo una ciudad pequeña, rodeada por la abandonada y decaída magnificencia de la ciudad grande. Por mucho tiempo también, pese al inevitable olvido que fue cubriendo su memoria, siguieron acudiendo peregrinos a ofrecer sacrificios al ya casi olvidado dios Marduk.

Nínive la ciudad asesina

"Yo conquisté las ciudades, hice una gran matanza en ellas, destruí, arranqué, incendié. Cogi prisioneros a guerreros vivos. Los hice empalar delante de sus ciudades. En ellas establecí asirios. Lavé mis armas en el gran mar".

(Asurbanipal II)

En el museo británico de Londres se encuentra parte de las tablillas de arcilla que constituían la famosa biblioteca del rey asirio Senaquerib. Hasta hace muy poco tiempo su traducción se hallaba aún en curso, pero de los resultados alcanzados, de las esculturas que montaban guardia a las puertas de los palacios y que se han hecho famosas por los leones alados con cabeza humana, así como de los relieves que se extendían por todas las salas de los palacios, cuyas ruinas han venido emergiendo lentamente del sueño y del olvido de 2400 años que reposaron bajo la arena, frente a Mosul, a orillas del Tigris, el inglés Henry Layard, derivó la información necesaria para orientar sus investigaciones y desenterrar de 1846 a 1851, los restos de aquella temible metrópoli que se llamó Nínive.

El tuvo la suerte de hallar lo que el cónsul francés en Mosul, Paul Emile Botta, barruntó en 1840, pero que el destino le negó concretar a la postre. Cupo, pues, al inglés la suerte de descubrir "la ciudad de los que robaban y eran robados; de los que asesinaban y fueron asesinados; la ciudad del oro y la sangre. Ella que fue tal vez la primera ciudad suntuosa de la historia, a la par que Tebas y Babilonia, no toleró por mucho tiempo esta rivalidad. Senaquerib borró literalmente en una ocasión a Babilonia, probablemente en 689 antes de Cristo, y Asurbanipal, a su turno, arrasó a Tebas 26 años más tarde. Nínive floreció con las riquezas que arrebató a todas las ciudades que se alzaban entre el Eufrates y el Nilo. Pocos han sido los pueblos cuya barbarie pueda equipararse con la de los asirios. La historia ha debido admitir que fue en parte razonable que las hordas de tártaros, mogoles y otros bárbaros nómadas odiaron y destruyeron las grandes metrópolis de orien-

te y occidente que hallaban a su paso. Pero lo que no ha acertado a explicarse es cómo un pueblo sedentario, compuesto en su mayor parte de pastores pobres, pudiera sentirse siempre inclinado a odiar a las otras ciudades.

“¡Hay de aquél que edifica una ciudad con derramada sangre humana, que cimienta una ciudad con iniquidad! ¡Hay de la ciudad sanguinaria! Así se expresaba Habacuc (2.12). Pero fueron los profetas Nahum y Sofonías los que vieron cómo el terrible castigo se abatió contra los depredadores que durante 80 años lo arruinaron todo a su paso. En 612 antes de Cristo las fuerzas unidas de medos y babilonios marcharon sobre Nínive. Después de dos años de terrible asedio, los vencedores penetraron por entre los escombros a sangre y fuego. Hombres, mujeres y niños, y aun los mismos animales perecieron bajo la espada enemiga, mientras que su último rey incendiaba su palacio para sucumbir con sus mujeres y tesoros.

Todo esto que nos transmitió Heródoto, no fue otra cosa que el producto de sus viajes y lo que oyó en las tabernas de marineros donde se han forjado siempre los más variados rumores, como los que oyera Colón antes de emprender su temeraria aventura.

Gracias a Heródoto, los etnógrafos, geógrafos, sociólogos, arqueólogos, economistas y muchos otros especialistas de la historia, orientaron sus investigaciones. Así pudieron ellos comprobar lo que tantos historiadores parecen ignorar sobre los comienzos del arte y el origen de las civilizaciones. Ellos no fueron en manera alguna producto del destino o de una peculiar ubicación geográfica. Cuando hoy, merced al incontenible avance de la sesuda investigación científica, ubicamos las fuentes de la cultura en Oriente, hablamos del Egipto como de uno de los grandes pilares de la cultura, pero olvidamos su discutido origen. Ya, para fortuna del conocimiento humano, podemos afirmar que las culturas superiores asiáticas no tuvieron

papel importante en el desarrollo del antiguo Egipto, pese a un relativo intercambio comercial, que siempre aporta cultura. En realidad el Egipto fue un producto africano que trasciende en los hombres y en las cosas. Tanto Ramsés, el grande, como Amenofis, Tudmosis, Setos, fueron de origen africano, como las pirámides, la esfinge, los jeroglíficos, Amón, Isis y los demás dioses venerados en Egipto.

Tras la ruta de Heródoto los más esclarecidos espíritus de la antigüedad clásica, como los filósofos Tales y Anaximandro, el matemático Pitágoras, el estadista Solón e historiadores y geógrafos, se fundaron siempre en la descripción magistral que hizo Heródoto del Egipto y hacia él encaminó sus pasos la casi totalidad de la élite intelectual griega.

OBRAS CONSULTADAS

1. SAGRADA BIBLIA.
Versión castellana del Ilustrísimo Señor Félix Torres Amat
Editorial Grolier Incorporated New York.
2. BABILONIA A BRASILIA.
Wolf Schneider. Editorial Noguer S. A. Barcelona.
3. EMPEZO EN BABEL.
Hervert Wendt.
Editorial Noguer S. A. Barcelona.
4. LOS NUEVE LIBROS DE LA HISTORIA.
Heródoto de Alicarneso.
Ediciones Ercilia. Santiago de Chile.